

JOSÉ MANUEL MARRERO HENRÍQUEZ, coord.: *Lecturas del paisaje*, Las Palmas de Gran Canaria: Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la ULPGC, 2009, 177 pp. ISBN 978-84-92777-05-1.

A través de estas Actas del Segundo Seminario *Pasajes y Paisajes: espacios de vida, espacios de cultura*, celebrado en abril de 2007 en el Salón de Oriente del Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria, podemos acceder, tal y como comenta José Manuel Marrero Henríquez, a toda «una serie de publicaciones dedicadas a escudriñar en la significación del paisaje desde las diferentes perspectivas humanísticas de la literatura, el teatro, la geografía, la historia, las artes plásticas, la arquitectura, la filosofía, el cine, la sociología, la política, la economía, el derecho, todo ello sin olvidar nunca que los paisajes son a la vez seres biológicos y valores culturales que exigen un refinado tratamiento ético» (p. 7). Tanto el primero —celebrado en 2003 también en el Gabinete Literario— como este segundo Seminario se sitúan en una época, la nuestra, la del cambio climático, en la que sin duda parece necesaria una profunda reflexión acerca de la influencia ejercida por el paisaje y las transformaciones que el ser humano está ocasionando en el mismo sobre la creación humanística, científica y artística y, en términos generales, sobre la sociedad contemporánea en su conjunto, en la que los valores éticos y estéticos a menudo entran en conflicto o, cuando menos, en contradicción, con el desarrollo tecnológico y urbanístico.

Diez son los trabajos que componen este libro, editado con gran cuidado y rigor académico. El primero de ellos, titulado «La crítica como refugio: animales, plantas y enclaves literarios en peligro de extinción» y elaborado por el propio Marrero Henríquez, se detiene en el análisis del valor metaliterario que los distintos referentes del mundo natural (los ríos, las flores, las montañas, las aves, los peces, los barrancos, las playas) adquieren una vez integrados en el discurso literario y artístico en general.

Por su parte, Nicolás Ortega Cantero examina en «La lectura del paisaje en la literatura moderna» cómo la geografía moderna, heredera

de la perspectiva romántica (Humboldt, Ritter) ha elaborado sus estudios del territorio y sus paisajes entremezclando la objetividad científica con la propia subjetividad de la mirada del observador.

Luciano García Lorenzo dedica su trabajo titulado «Espacios urbanos y teatro clásico: Almagro» al análisis de las relaciones arquitectónicas y culturales que se dan entre las ciudades y los teatros, prestando una especial atención en este caso a la interrelación histórica entre Almagro y su famoso Corral de Comedias y la evolución de ésta a lo largo de los siglos, desde la construcción del Corral en 1628 hasta la más reciente actualidad, en la que tiene lugar el célebre Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro.

En «El desierto escrito», Túa Blesa desarrolla una breve poética del espacio en la que explora los valores metafóricos y simbólicos de determinados elementos del paisaje en su vinculación con el fenómeno literario y con los propios libros como objetos. Uno de estos elementos es, sin ir más lejos, el desierto: «Así, ‘desierto’ —del que se ha hablado de la metaforización, de la re-signación, que se ha dado en él— y ‘libro’ vienen a ser voces equivalentes, intercambiables, al menos en el sistema verbal que actualiza ese texto que tiene por nombre Jabès. [...] Desierto, libro, vacío: toda una cadena de significantes y significados que en último término están significando nada. Y, trabajando en todo ese proceso, la espacialización» (p. 70).

De un modo similar, Rafael Núñez Ramos, en su trabajo «El paisaje exterior como paisaje interior en el poema», reflexiona sobre el carácter esencialmente simbólico que los elementos del paisaje natural obtienen, a través de un mecanismo de subjetivación, una vez incorporados a la obra poética, pero también sobre el mismo complejo proceso que permite al poeta, y al observador en general, delimitar y extraer de la realidad espacial su propia experiencia del paisaje: la conversión neurológica y emocional del espacio en paisaje.

El trabajo de Antonio Puente, «El sol en el suelo. Las fronteras en el imaginario insular», se centra en el estudio de las distintas significaciones literarias que la idea de ‘isla’ ha ido adqui-



riendo a lo largo del tiempo (desde la obra de Lucrecio hasta la de los autores surrealistas); significaciones muchas veces ambivalentes y contradictorias entre sí, pero que son muestra, todas ellas, de la enorme riqueza metafórica y estética del concepto.

En esta misma dirección se encuentra «Los signos del paisaje: identidad y diferencia», trabajo en el que Félix Ríos revisa y compara los diferentes tipos de paisajes con los que históricamente han sido relacionadas las Islas Canarias (desde los discursos fundacionales de autores como Cairasco o Viana hasta las formulaciones vanguardistas de autores como Néstor Martín Fernández de la Torre o Pedro García Cabrera, pasando por las descripciones modernistas del paisaje de autores como Tomás Morales, Saulo Torón o Alonso Quesada, o las polémicas que enfrentaron a teóricos como Juan Manuel Trujillo y Eduardo Westerdahl, defensores del regionalismo y del universalismo respectivamente), que dan muestra de la configuración de una identidad variable con el paso del tiempo.

Yolanda Arencibia Santana, autora de «Paisaje y novela», circunscribe su estudio al análisis e interpretación de la descripción paisajística como recurso retórico de enorme versatilidad y relevancia en la novela realista española, principalmente del siglo XIX (Clarín, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán), pero también del XX (Jesús Fernández Santos) y del XXI (Almudena Grandes).

Incidirá Germán Gullón, en su trabajo titulado «La estética del paisaje urbano», en este mismo ámbito de investigación al escudriñar sobre la evolución que el paisajismo europeo propio del siglo XVIII, de carácter fundamentalmente rural, experimentó con el cambio de siglo, influenciado ya en el siglo XIX sobre todo por el elemento urbano; tránsito éste de uno a otro paisajismo que generó importantes dicotomías dialécticas que acabaron reflejadas en la novelística decimonónica (cultura-naturaleza, futuro-pasado, opresión-justicia, progreso-involución) y en torno a las que Gullón reflexiona.

En «Paisajes de cine», el trabajo con el que se cierra el libro, Luis Roca Arencibia elabora un estudio, destacable por su detallada documentación historiográfica, sobre muchos de los paisajes de las Islas Canarias que han sido empleados como escenarios naturales en multitud de rodajes cinematográficos. Asimismo, reflexiona el autor sobre cuestiones como la trascendencia de la aparición de los paisajes canarios en el cine como un mecanismo capaz de fomentar el turismo o sobre otros aspectos como el contraste inevitable en nuestras islas entre sus paradisiacos paisajes turísticos, tal como sus playas, y la triste realidad sociológica que los rodea, representada por cayucos y pateras.

Como podemos comprobar, todos estos trabajos nos van a permitir entender mejor cuál es la verdadera importancia y sentido del paisaje en los distintos tipos de manifestaciones artísticas y técnicas, desde las artes plásticas, la literatura o el cine, hasta la conformación del propio discurso histórico, geográfico o urbanístico. En este sentido, también es destacable la propia Introducción del libro, «Lecturas del paisaje», en la que José Manuel Marrero Henríquez enmarca en su justo contexto esta obra y donde nos explica de manera concisa el contenido de cada uno de los trabajos que la componen, algo que hemos intentado hacer también nosotros aquí.

Tanto esta obra que estamos reseñando, como los futuros Seminarios *Pasajes y Paisajes* y las publicaciones que de ellos se deriven, requieran ya sin ninguna duda de nuestra atención y seguimiento, pues constituyen un verdadero espacio para la reflexión y el debate, no solo en torno al papel y la influencia ejercida por los paisajes en la experiencia y la creación humanas, sino sobre el futuro de nuestro entorno más inmediato y sus recursos naturales, cuya buena o mala gestión condiciona de manera aún hoy incalculable nuestra existencia.

Darío HERNÁNDEZ

RECIBIDO: febrero 2010. ACEPTADO: junio 2010